

Makoto Fujimura, *Art + Faith. A theology of making* (New Haven: Yale, 2020), 167pp.

El arte y los escritos de Makoto Fujimura han sido una verdadera inspiración para mí. En este libro luminoso, aborda la cuestión del arte y la fe y su reconciliación con una elocuencia tranquila y conmovedora.

—Martin Scorsese

RECEPCIÓN: 6 de agosto de 2022.

APROBACIÓN: 23 de mayo de 2023.

DOI: 10.5347/01856383.0148.000312308

150

Makoto Fujimura es pintor y escritor. De padres japoneses, nació en Boston, Massachusetts. Estudió arte en Japón y regresó a vivir a Estados Unidos. Como se lee en su página personal, “su educación artística bicultural llevó su estilo hacia una fusión entre las bellas artes y el expresionismo abstracto, junto con el arte tradicional japonés de *nihonga* y *kacho-ga* (tradición de pintura de pájaros y flores)”.¹ Fujimura elige deliberadamente el *nihonga* —el cultivo de convenciones, técnicas y materiales tradicionales japoneses— porque, por su naturaleza, está íntimamente ligado a su forma de vivir: a contracorriente del pragmatismo utilitario que rige nuestro mundo. Si nuestros tiempos exigen más producción, más rapidez, más eficiencia, Fujimura, para crear su arte, busca la ineficiencia y la lentitud.

En 10 capítulos, *Arte + fe* habla menos de qué o cómo pinta Fujimura y más de por qué lo hace. No se trata de un manual de pintura, sino de una serie de reflexiones en torno al papel del arte en el mundo actual. Más específicamente, como lo indica el título, Fujimura explora la relación entre la creación artística y la fe. “La fe —explica Fujimura citando un pasaje bíblico— es la substancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no se ven” (Hebreos 11,1). Es tarea del artista identificar aquello que se espera y hacerlo, de alguna manera, visible, incluso palpable, mediante sus creaciones. Ciertamente, habrá quien afirme que el arte no devela misterios; sin embargo,

¹Véase: <https://makotofujimura.com/about>.

no es menos cierto que el poder del arte radica en que *apunta* hacia los misterios. El arte nos ayuda a adoptar la mirada correcta y nos invita a dirigir nuestra atención a los detalles que no se ven o que, por falta de cuidado, no se suelen ver.

¿Cómo podría el artista reconocer lo que no se ve si está atrapado en la vorágine de los sucesos? ¿Cómo podría “inspirarse” o encontrar el misterio a la mitad del frenesí de consumo en que vive el mundo? Por eso al arte de Fujimura lo acompaña la lentitud: “Uso materiales que requieren que me ralentice: la tinta sumi (palos hechos con retoños de pino que debo restregar contra una piedra por más de una hora) y blanco de conchas de ostra (conchas de ostra pulverizadas que requieren más de tres años para ser creadas y que me lleva a mí un día y medio reconstituirlas). También uso polvos de platino y oro, dos de los materiales del nihonga que se consideran los más difíciles de usar” (p. 38). Fujimura ha denominado su arte *slow art*, “arte lento”. Así escapa de la acelerada corriente del consumismo en la que estamos inmersos, pero además obtiene una ventaja adicional: puesto que debe esperar largo tiempo a que seque una capa de pintura antes de agregar la siguiente, Fujimura usa los espacios “libres” para la contemplación, la lectura, la reflexión y la escritura. Su arte es ineficiente y lento adrede.

Mako —como le gusta ser llamado— es partidario de la lentitud no solamente para crear, sino también para que sus obras nos inviten a quienes las admiramos a disminuir la velocidad. Si lo conseguimos, saldremos de la vorágine y será un primer paso para volvernos creadores o para adquirir conciencia sobre nuestras propias creaciones. *Arte + Fe* no es un autoelogio: Fujimura no se concibe como el artista destinado a crear para un público de contempladores pasivos. Si nos invita a contemplar su arte, es con la intención de despertar en nosotros el potencial creativo que todos los humanos poseemos, pues es especialmente mediante el acto creativo que podemos, también nosotros, nadar a contracorriente: “La cuestión esencial no es si somos religiosos, sino si creamos algo. Cuando dejamos de crear, nos convertimos en esclavos de la cultura de mercado como meros consumidores” (p. 24). Crear, propone Fujimura, nos libera de la lógica del rendimiento y nos ayuda a colocarnos en el ámbito de lo bello.

Aparte de exhortarnos a ser creadores desde nuestra actividad, cualquiera que esta sea (siempre que no sea innoble, claro está), Fujimura transmite dos ideas fundamentales. La primera, que resalta en el libro y en torno a la cual gira su argumentación, es la interpretación del verso más breve de toda la Biblia:

“Y Jesús lloró” (Juan 11,35). Fujimura interpreta el llanto de Jesús como un acto superfluo, gratuito. Precisamente en esa gratuidad, en que está de más, reside su valor. Lo más valioso no es lo práctico, ni lo eficiente, sino lo inútil, lo que tiene un valor en sí mismo. Lo más valioso consiste en dar más de lo que es estrictamente indispensable. Mientras que la economía busca eficiencia, el arte busca lo sublime, es decir, convertir lo inferior en algo superior. Por ello, quien crea algo valioso no escatima. Y esa es la razón por la cual Fujimura elige oro y materiales preciosos para crear su arte.

La segunda idea, que complementa la anterior, es que mediante el acto creativo nos volvemos capaces tanto de reconocer nuestros errores, nuestros defectos, nuestra ruptura, como de reconstituírnos, tornando las fracturas de nuestro ser en algo bello. Alcanzamos la belleza no a pesar de nuestra ruptura, sino sacando provecho de ella. Para ilustrar este punto, Fujimura recurre a la técnica japonesa del *kintsugi*, que consiste en reparar piezas rotas de cerámica o porcelana con resina y polvo de oro. El objetivo es reconocernos en nuestra imperfección y repararnos, pero con un sentido ulterior. La belleza no es producto de la perfección, sino de lo que hacemos con nuestra imperfección. Cuando dirigimos nuestra imperfección hacia cosas más altas, construimos un vínculo entre lo humano y lo trascendental. Lo que creemos en este mundo, afirma Fujimura, figurará de alguna manera más allá de este mundo: aunque nuestras creaciones son temporales, podrán tocar la esfera de lo eterno.

Recomiendo la lectura de *Art + Faith* porque enriquece la visión de un mundo en el cual priva la lógica utilitaria. La invitación que nos hace a ir más allá del pragmatismo señala también el camino hacia la cultura del cuidado, *culture care*. Es un llamado a preservar nuestro entorno, nuestras tradiciones, nuestra comunidad, pero con un sentido espiritual. No es solamente un libro para artistas, sino para cualquier persona que desee reflexionar sobre la conexión entre el acto creativo y una dimensión trascendental. O bien, sí es un libro para artistas, siempre y cuando por ello entendamos que todos los seres humanos somos artistas o podemos serlo.

DAVID MORENO GUINEA

Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM